

Comunicar sobre el miedo, desde el miedo, a pesar de él

MANUEL LLORENS

Después de lo que pasó el 28 de julio en nuestro país y lo que ha venido ocurriendo desde ese entonces, la vida cotidiana se ha llenado de miedo. La interrogante que se plantea el autor es: ¿cómo podemos seguir viviendo y actuando? El mismo autor se responde: “El miedo nos avisa que atravesamos tiempos peligrosos y debemos manejarnos con cuidado. No tenemos que desafiar al poder de frente, en su terreno. Pero sí debemos seguir registrando, escribiendo, fotografiando, publicando y leyendo. Debemos seguir haciendo periodismo y psicoterapia”.

*Estos son unos verbos que, a paso de tortuga,
yo conjugo
tú conjugas
él conjuga...*

*O, rumbo al frío Norte, París o Gran Bretaña,
yo me extraño,
tú te extrañas,
él se extraña.*

*Como sin garantía todo el mundo se inhibe,
yo no escribo,
tú no escribes,
él no escribe.*

*Y por eso, temiendo que nos cojan la falla,
yo me callo,
tú te callas,
él se calla.*

*Sino mil tonterías que, de modo evidente,
yo no siento,
tú no sientes,
él no siente.*

*Moraleja:
Por la ley de chivato, que es una ley eterna,
yo gobierno,
tú gobiernas,
él gobierna.*

*Pues de escribir las cosas que uno tiene en el
seso,
yo voy preso,
tú vas preso,
él va preso.*

AQUILES NAZOA

INTRODUCCIÓN: EL MIEDO

De pronto, la vida cotidiana se llenó de miedo. En una entrevista que me hicieron me surgió la duda, ¿debo mencionar a esta activista con su nombre o la pongo en riesgo?, en alguna conversación con amigos, ¿estarán grabando esta llamada?

Me escucho tartamudear, noto mis dudas, experimento un temblor que denuncia mi falta de aplomo. Me invitan a escribir sobre el miedo en una revista. ¿Habré entendido bien la invitación? ¿Escuché bien que posiblemente es el último número que va a salir? ¿Son cosas mías o estoy interpretando más allá?

El enorme logro ciudadano del 28 de julio de 2024 que evidenció de manera contundente el autoritarismo sobre el que se sostiene el poder en Venezuela, trajo como consecuencias la imposición, aún más feroz de la arbitrariedad militar, del desconocimiento de la voluntad popular para defender a una élite corrupta que se aferra al gobierno.

El miedo de esa élite, como sucede en estos casos, es proyectada hacia afuera, se transforma en amenaza, persecución, hasta que eventualmente se convierte en nuestro miedo. La fuerza termina de sustituir a cualquier legitimidad. Miles de personas han sido arrestadas, tantas que no caben en el sistema penitenciario. La tortura y el asesinato político ya no se disimula, sino que se alardea, las amenazas salen directamente de la boca de los gobernantes.

Me toca, nos toca entonces, escribir para descifrar tiempos terribles ¿Qué y cómo escribir ante la imposición del terror? ¿Qué me toca como psicólogo? ¿Qué les toca a los comunicadores? ¿Qué objetivo común une a los dos oficios?

No es un fenómeno nuevo, durante distintas olas delincuenciales, de conflicto político, incluso de desastres naturales, hemos lidiado con el miedo como un fenómeno masivo en el país. Todo venezolano entiende lo que los teóricos han llamado la ‘hermenéutica del peligro’ (Krimani, 2015) que se refiere a la lectura constante del

contexto para tomar decisiones que permitan aminorar los riesgos, ¿esa calle es segura? ¿regresamos después de la manifestación o nos quedamos en el sitio hasta que amanezca? ¿qué debo evitar llevar en la cartera?, ¿borro los mensajes del teléfono?, etcétera.

Sin embargo, estos meses elevaron los niveles de miedo. Parecería que todos revisan sus teléfonos al salir de la casa para censurar cualquier información política que pueda dar pie al abuso policial. Todos se persignan ante el oficial armado, que infunde miedo en vez de seguridad.

Me toca, nos toca entonces, escribir para descifrar tiempos terribles ¿Qué y cómo escribir ante la imposición del terror? ¿Qué me toca como psicólogo? ¿Qué les toca a los comunicadores? ¿Qué objetivo común une a los dos oficios?

Reviso la literatura psicológica para entresacar qué respuestas han dado en el pasado. Me tropiezo con los psicoanalistas ingleses clásicos, algunos que estaban en la cumbre de su producción intelectual cuando llegó la Segunda Guerra Mundial y dejaron plasmadas algunas de sus reflexiones del trabajo con poblaciones viviendo bajo el constante bombardeo de los aviones nazis. Por otro lado, encuentro las reflexiones de la experiencia de psicoterapeutas que sobrevivieron bajo las dictaduras militares del sur.

Destaca en esta búsqueda el pensamiento del psicoanalista Wilfred Bion, quien participó en la Primera Guerra Mundial como soldado y en la Segunda Guerra Mundial como psiquiatra del ejército. Entre sus contribuciones está el intento de comprender los efectos vehementes, difíciles de poner en palabras –terror sin nombre, los llamé–, producto, a menudo, de las experiencias traumáticas como las que atravesó en el campo de guerra. Interesa destacar para estas reflexiones que algunos efectos, producidos en condiciones extremas, generan impactos que son difíciles de hacer conscientes, nos invaden, escapan a nuestra capacidad de darle palabra. Es en ese sentido que Bion planteó que el psicoanálisis es un intento de seguir pensando mientras las bombas caen. En su última publicación titulada *Making the best of a bad job*, escribió que “... el objetivo es continuar pensando con claridad sin importar cuán atemorizante o adversa es la situación” (1994: p. 331).

Yolanda Gampel nos ofrece otra aproximación psicoanalítica asentada en la experiencia argentina e israelí. Habiendo trabajado con los impactos de la dictadura militar argentina y luego, sufriendo en carne propia el conflicto en el Medio Oriente, la autora ha escrito sobre los efectos de la violencia social y estatal en las personas y el cuerpo social.

Gampel va a designar como “radioactivos” los efectos de lo social que nos afectan sin que nos demos cuenta, como lo hacen las partículas que emiten radiaciones (2006, 2023). El ambiente penetra nuestro funcionamiento, en este caso psíquico, sin que lo podamos evitar. Gampel sostiene, de esa manera, que todos somos afectados por algunos acontecimientos sociales, sin importar nuestro involucramiento directo en los eventos (es lo que llama “el dolor de lo social”).

En un terreno menos conceptual, pero quizás aún más significativo, el psicoanalista y pediatra Donald Winnicott atendió a los niños evacuados de Londres durante los bombardeos nazis sufridos durante la Segunda Guerra Mundial. La operación El Flautista de Hamelin llegó a evacuar a 800.000 niños de la ciudad. En ese contexto de pérdida y angustia, Winnicott asesoró los centros que albergaron a muchos de estos niños y niñas. Se cuenta que, mientras hacía las rondas de evaluación le preguntaba sistemáticamente a los pequeños: “¿y tú qué quieres ser cuando seas grande?” (Phillips, 2024).

La anécdota es relevante, porque en concordancia con la función psicoanalítica, más que un concepto que explique, propone una pregunta que invita a pensar. ¿Qué quieres ser cuando seas grande?, en un contexto de guerra implica, no una propuesta ligera de conversación sobre las ilusiones infantiles, sino un reto. ¿Qué eres capaz de pensar, esperar, en circunstancias extremas? Ya no, “sigamos pensando mientras las bombas caen”, sino ¿seremos capaces de imaginar un futuro mejor?

A pesar de los paralelos evidentes por las circunstancias extremas descritas por los psicoanalistas ingleses, el miedo vivido en la Venezuela actual tiene por lo menos una diferencia significativa: no es producido por una guerra con un enemigo externo, el terrorismo de Estado implica que la amenaza es ejercida de manera deli-

berada y sistemática por tu propio gobierno, está dentro de tu casa, si se quiere.

Michael Taussig, desde la antropología, ha escrito sobre la experiencia del miedo, cuando la violencia es ejercida por el propio Estado. Ha descrito la “cultura del terror” que se impone y el “secreto público” que todos entienden pero nadie expresa abiertamente. Escribir sobre el miedo, aclara otra antropóloga, Kirmani, es nombrar algo que, por definición, es innombrable:

Sentimientos de miedo e inseguridad a menudo no son expresados verbalmente, o porque caen en el reino de lo ‘innombrable’ o porque se expresan de manera no-verbal (Hirschauer, 2006). De esta manera, estas emociones deben ser ‘leídas’ por el investigador a través de otras señales, incluyendo las pausas en las conversaciones, los silencios y los gestos corporales y expresiones. (2015: p. 737)

...el miedo vivido en la Venezuela actual tiene por lo menos una diferencia significativa: no es producido por una guerra con un enemigo externo, el terrorismo de Estado implica que la amenaza es ejercida de manera deliberada y sistemática por tu propio gobierno, está dentro de tu casa, si se quiere.

Citando a otro antropólogo, Skidmore, hablando de la misma experiencia en Myanmar: “... los birmanos no hablan sobre el miedo, una estrategia que les permite no tener que pensar sobre eso, y no pensar sobre el miedo es crucial para funcionar de manera efectiva en el día a día” (Kirmani, 2015).

Digo entonces que el miedo, en situaciones políticas extremas, puede ser sumamente difícil de poner en palabras y pensar. El miedo puede ser abrumador, podemos necesitar distanciarnos de él para poder funcionar. Lo cual, claramente implica un reto para los periodistas y los comunicadores en general. ¿Qué función cumple entonces la escritura, en un contexto donde es difícil y peligroso nombrar?

Añadamos todavía una capa más de complejidad a las preguntas que vengo planteando. Y es que un Estado violento como el que estamos ex-

DOSSIER

perimentando también es un Estado que amenaza pero niega estar cometiendo los actos atroces que está cometiendo. Típicamente funcionan con un doble discurso, el *doblepensar* que describió Orwell. En palabras del investigador Suárez-Orozco, quien ha investigado sobre el terror en Latinoamérica, los Estados violentos “florece en la ambigüedad” (1990). Ejercen la violencia y al mismo tiempo desmienten estar ejerciéndola. La “revolución pacífica pero armada”, las “Operaciones de Liberación Humanista del Pueblo”, la “Operación Tun-tún” – que toma el nombre del villancico que canta “Tun-tún, quién es? Gente de paz. Ábranos la puerta que ya es Navidad” –, son todos ejemplos de esta retórica siniestra.

En otras palabras, se trata de un contexto en el que decir es doblemente peligroso, porque decir reta la negación estatal, expone los crímenes cometidos por los poderosos que quieren aterrorizar pero luego no ser imputables por los delitos que esos actos implican.

El Gobierno deliberadamente amenaza y niega. Se quiere mostrar como omnipotente y víctima indefensa a la vez. Así crea una *Ley constitucional contra el odio, por la convivencia pacífica y la tolerancia* a través de la cual persigue y ejerce su violencia. El presidente continuamente hace llamados como los del 30 de julio para hacer “... una gran movilización y un gran concierto por la paz... para consolidar esta batalla por la paz” (*El Universal*, 31 de julio, 2024), en medio de la masiva represión estatal que dejó al menos doce personas fallecidas y más de dos mil personas arrestadas.

No perdamos de vista entonces, que al reto que implica superar el miedo a nombrar, debemos añadirle el hecho de que el Gobierno busca activamente imponer su versión de los hechos, que desmiente los horrores que comete. Hay un enorme aparato de propaganda que opera tanto en los medios de comunicación tradicionales controlados por el Estado, como en las redes sociales que continuamente intenta saturar las co-

municaciones con su agenda, calculándose hasta medio millón de cuentas *bots* para influir en el flujo de información (Burgos y Hernández, 2021).

Por citar solo un ejemplo especialmente grotesco, el *influencer* argentino Michelo, hizo un paseo guiado por la cárcel de presos políticos en que más se ha documentado la tortura, mostrando espacios dentro del edificio distintos a los de reclusión, para negar que existan los hechos documentados por los informes internacionales de los organismos de derechos humanos, incluidos los de la ONU (Consejo de Derechos Humanos, 2024), mientras bailaba y cantaba en los alrededores de la prisión. No sorprende que el *tiktoker* haya aparecido tanto en la Asamblea Nacional, como en programas de televisión junto a Nicolás Maduro y Diosdado Cabello.

En otras palabras, se trata de un contexto en el que decir es doblemente peligroso, porque decir reta la negación estatal, expone los crímenes cometidos por los poderosos que quieren aterrorizar pero luego no ser imputables por los delitos que esos actos implican.

A pesar de añadir complejidad, es esta última condición la que aclara cuál es la función de los comunicadores en un escenario como este. Cómo su tarea incide en la capacidad colectiva de nombrar aquello que es difícil de poner en palabras, porque el poder no quiere que se nombre.

Digamos lo obvio: la tarea del periodista, el que reporta los acontecimientos, es la función del testigo. Su tarea entonces es de poner en palabras los sucesos que atraviesan el reino de lo innombrable.

Otro psicólogo, Carlos Sluzki, de origen argentino, ha escrito sobre el impacto que el terrorismo de Estado tuvo sobre sus colegas psicólogos y psiquiatras. Describiendo un congreso en Argentina en 1983, unos meses después de la caída de la dictadura militar, en el que presentó el caso de una familia que había sufrido dos desapariciones de sus miembros, vio que la audiencia se alarmó al escucharlo hablar tan abiertamente del terrorismo estatal, algunos inclusive, confesaron haber volteado a ver dónde estaban las puertas de salida del auditorio, por si acaso. Es decir, ya derrotada la dictadura, el hábito del secreto continuaba firmemente instalado en aquellos profesionales cuya tarea era invitar a

hablar sobre aquello que nos atemoriza. Al pasar a la discusión del caso, pudieron compartir el miedo que evidentemente habían internalizado. Todos se conmovieron al constatar la respuesta de alarma que estaba sembrada en sus mentes. Algunos hablaron por primera vez con libertad del susto que padecieron ayudando a familias de perseguidos políticos (Sluzki, 2018).

Sluzki evidencia los impactos en la capacidad de pensar con libertad que los regímenes de terror imponen sobre las comunidades, inclusive aquellas que supuestamente están más atentas a los procesos mentales. El autor ilustra lo que estos sistemas buscan activamente a través de mensajes ambiguos: crear un clima de terror velado que produce desatención, distorsiones de la memoria y disociación, que se refleja en vidas restringidas, ceguera emocional y/o culpa. Las comunidades y las organizaciones comienzan a estar plagadas de secretos, aislamiento y fragmentación.

¿COMUNICAR EL MIEDO O A PESAR DEL MIEDO?

El miedo puede conducir a bajar la voz, al secreto, a la comunicación velada. Es justamente lo que le conviene al poder, para desmentir sus atrocidades. Informar sobre las atrocidades cometidas, sin embargo, puede ampliar el terror en la población. Nos deja en una disyuntiva: si no comunicamos, colaboramos con la negación, si comunicamos, podríamos estar favoreciendo el clima del terror.

¿Cómo comunicar entonces en tiempos de miedo? Pero no solo eso sino: ¿Qué comunicar para no aterrorizar aún más?

Para intentar abrir espacio para pensar en estos dilemas, detengámonos primero en las funciones del miedo. Porque hasta ahora, parecería que el miedo es solo un estorbo, una consecuencia indeseada del clima impuesto.

Pero no es así, el miedo está en nuestros cuerpos, en nuestras mentes, como producto de la evolución, cumple una función adaptativa. Y es que es útil sentir miedo, porque nos invita a protegernos. El miedo es el disparador de la función de alerta. Es nuestro sistema de alarma que evoca toda una respuesta de atención y preparación del organismo para protegerse. La famosa

respuesta de lucha o huida, descrita clásicamente como estrés. Sabemos, además, a partir de la investigación etológica, que existe una tercera respuesta ante la amenaza inminente que es la parálisis (Hagenaars, Oitzl y Roelofs, 2015). Los animales que están en riesgo de ser cazados por un depredador pueden sufrir un colapso de su funcionamiento, cayendo en un estado cuasi catatónico, que simula la muerte. En el campo abierto de la lucha por la supervivencia, pasar por muerto puede ser una última herramienta para sobrevivir ante un cazador que duda si comerse un animal muerto o no. Es una respuesta extrema, pero aparece en los seres humanos también ante situaciones terroríficas. Lo que ocurre es que, en el ser humano, esa respuesta pocas veces resulta de utilidad y termina viviéndose como paradójica, incomprensible por los que se sienten tomados por esas reacciones fisiológicas.

El miedo es el disparador de la función de alerta. Es nuestro sistema de alarma que evoca toda una respuesta de atención y preparación del organismo para protegerse. La famosa respuesta de lucha o huida, descrita clásicamente como estrés. Sabemos, además, a partir de la investigación etológica, que existe una tercera respuesta ante la amenaza inminente que es la parálisis.

Entendamos entonces que el problema no es el miedo. El problema es el peligro. El miedo es una de las herramientas con que contamos para alertarnos ante la amenaza. El problema es que, ante un peligro estatal, no tan fácil de anticipar o calibrar el grado de riesgo, resulta difícil organizar una respuesta defensiva adecuada. Corremos el riesgo de sentirnos abrumados por el miedo o quedar paralizados.

Nos toca calibrar esa alerta, utilizarla para activarnos a evaluar la amenaza, tomar decisiones para protegernos efectivamente y organizar respuestas. En algunos casos, eso puede implicar bajar el perfil, callarnos, disimular. Eso, como el animal que se paraliza, puede ser una estrategia efectiva para bajar el nivel de riesgo. Pero en otros casos puede que lo sea hacer ruido, ampliar la vi-

DOSSIER

sibilidad, denunciar, protestar, decir. Saber cómo y cuándo conviene una u otra dentro de una gama muy amplia de respuestas, es una tarea sumamente ardua. Es quizás la tarea estratégica más retadora que le toca dar a los diversos equipos editoriales.

Saber identificar cómo la amenaza influye en nuestro pensamiento y, por ende, cómo puede permear lo que escribimos es una tarea ardua de autoconocimiento: cómo resistir los efectos radioactivos para que, por lo menos, tomemos las decisiones sobre qué escribir y qué censurar de manera consciente y no como acto-reflejo.

El periodista y escritor salvadoreño, Horacio Castellanos Moya, quien presencié a temprana edad un intento de asesinato político a su abuelo, la persecución de familiares y luego varios exilios por distintas circunstancias, ha escrito extensamente sobre los pequeños instantes que evidencian las consecuencias del terror político:

A veces he pensado que lo que me sucede cada vez que cruzo un puesto migratorio, el hecho de ser visto con sospecha por las autoridades, quizá se deba a la mueca trágica que se me instala en el rostro, y que esa mueca inconsciente no procede sólo de mi miedo individual, sino de una carga colectiva de terror que infectó el territorio donde crecí y me formé, una carga que con el paso de los años es cada vez más pesada. Padezco, pues, un estado de alteración psíquica y emocional como el de Sigbjørn Wilderness, el personaje de Lowry, no a causa de una intoxicación etílica, sino por proceder de un país donde el miedo y la tragedia han sido desde hace mucho la vida cotidiana. (2021: p. 120)

Otro escritor centroamericano, Eduardo Halffon, dice algo muy similar sobre su experiencia en Guatemala:

Los escritores guatemaltecos –y los guatemaltecos en general– han estado viviendo durante décadas en un ambiente de miedo. Atreverse a decir algo significaba tener que desaparecer en el

exilio, o ser desaparecido literalmente. Este miedo aún existe, tanto en la vida cotidiana como en el subconsciente de los guatemaltecos a quienes con el tiempo se les ha enseñado a callar. A no hablar. A no decir o escribir palabras que puedan matarlos, matarnos.

La primera consecuencia de esto, por supuesto, es un silencio general. En Guatemala, simplemente no se habla o escribe de algunos temas. El genocidio de indígenas de los años ochenta. El profundo racismo hacia el indígena. El alarmante número de mujeres asesinadas. Los vínculos estrechos entre el gobierno y los narcotraficantes. (2018: p. 105)

Hablan de un miedo compartido, que se instala en la colectividad y afecta, a veces de manera sutil a nuestros gestos más íntimos. Saber identificar cómo la amenaza influye en nuestro pensamiento y, por ende, cómo puede permear lo que escribimos es una tarea ardua de autoconocimiento: cómo resistir los efectos radioactivos para que, por lo menos, tomemos las decisiones sobre qué escribir y qué censurar de manera consciente y no como acto-reflejo.

Hablándole a los psicólogos, pero aplicable también a los comunicadores, el antes citado Sluzki propone que la tarea es:

Mantenernos alerta ante los efectos insidiosos de los mensajes de los regímenes represivos, capturando las constricciones de la auto-censura por la cola, preservando, a través de la reflexión, nuestra capacidad para pensar de manera crítica y nuestra libertad para actuar acorde, y ayudar a los individuos, familias y comunidades a recuperar las palabras y la agencia, retando narrativas que culpan al Otro y patologizan o castigan la desobediencia. (2017: p. 402)

Mark Pedelty (2010), antropólogo que ha investigado sobre la subcultura del periodismo en situaciones de combate escribió sobre el tema durante la guerra civil salvadoreña. Describiendo un asesinato político al que acompañó a la tropa de periodistas a cubrir, detalla cómo estos corrieron a la escena para levantar la información y tomar las fotografías correspondientes. Un periodista local le dijo: “... ves las cosas con

la perspectiva de la prensa, no de la del hombre. Para ver a los muertos, miras el cuerpo de distintos ángulos y luego entrevistas a los sobrevivientes”. La frase es relevante, ya que evidencia el esfuerzo consciente que hace este testigo para ubicarse en una perspectiva que le permita acercarse al horror sin sentirse abrumado, aprovechándose del marco profesional para tomar distancia racional de lo que evoca. Al final de ese episodio, Pedelty describe a los periodistas en sus autos, de vuelta al hotel, echando chistes y hablando de una fiesta a la que van a asistir.

No perdamos de vista, entonces, que la única respuesta posible al terror estatal no es el miedo o la indignación. El ensayo de Susan Sontag (2003), *Ante el dolor de los demás*, explora la gama de respuestas ante las fotografías de horror que provienen de los corresponsales de guerra y se interroga sobre el valor y las limitaciones de compartir las atrocidades registradas. Una misma fotografía de atrocidad cometida en el frente, advierte Sontag, puede ser utilizada como bandera para llamar a la paz o bandera para llamar a la venganza.

Quizás la comprensión del miedo como proceso psicológico nos aporta entonces algunas consideraciones útiles para seguir pensando a pesar del terror impuesto. El psicólogo Martín Beristain (2012), que ha trabajado ofreciendo apoyo psicosocial a activistas en situaciones de violencia política tanto en Centroamérica como en Colombia, ofrece un marco sencillo para pensar sobre el miedo que me resulta de utilidad y quizás pueda servir para ayudar a pensar sobre el miedo y su manejo. Él plantea, para simplificar, que hay dos tipos de miedo: el miedo al perro que ladra y el miedo al cuarto oscuro.

El primero es el miedo a una amenaza identificable. Un riesgo concreto que podemos ver y que nos obliga a tomar medidas de precaución. Ese miedo es útil, nos alerta y nos conduce a tomar decisiones para bajar el nivel de amenaza. Puede además ayudar a salir de la negación, de despertar la alerta necesaria.

Pero el miedo al cuarto oscuro es más complicado, es un miedo difuso, a lo incierto, a lo que no puedo ver. Una gran parte de este miedo no es tan útil, porque no nos da mayor información. Parte de la tarea entonces es poder utilizar el miedo

para identificar, hacer visible y obtener más información sobre los riesgos reales que enfrentamos. Saber quiénes son los ejecutores, cuáles son los *modus operandi*, el qué, quién, cómo, cuándo, dónde del terror, nos ayuda a orientarnos ante las amenazas del poder. Todo lo que aclare esto, es útil. Aquello que solo sume a la especulación incierta, al terror sin nombre, parecería estar más bien alimentando el miedo al cuarto oscuro. Aspiramos a evocar respuestas que movilicen la resistencia al horror, no que paralicen.

Robert Peckham, haciendo la crónica del miedo en la historia política de Occidente, regresa a Tocqueville, quien escribió sobre la fuerza positiva que moviliza el temor: “Tengamos, pues, ese saludable miedo del futuro que nos torna vigilantes y combativos y no esa clase de terror blando y ocioso que desgasta y enerva los corazones” (Tocqueville, 1840 [2002]: p. 781).

El periodismo venezolano está lleno de ejemplos que pueden seguramente alimentar la discusión. Reportajes realizados bajo los condicionantes de la presión política que, sin embargo, han permitido registrar hechos que han detenido o, por lo menos, ayudado a resistir el atropello. Al estallar las protestas de 2014 durante la marcha del Día de la Juventud en que cayeron asesinados Baszil Da Costa y Robert Redman, la directiva impuesta en *Últimas Noticias* y las declaraciones de altos jefes del gobierno, comenzaron a hacer presión para distorsionar los hechos. Pero un equipo élite de periodistas, que se mantuvo en ese periódico hasta pocas semanas después cuando los fueron despidiendo, logró armar un video con los retazos de las imágenes espontáneas levantadas por las redes sociales –más de cien fotos y ocho videos–, y a través de testimonios de testigos, demostrando, sin espacio para la duda, que el asesino no había sido un agente de la oposición, como el presidente de la Asamblea Nacional declaró, sino un sicario vestido de civil, amparado claramente por policías que lo protegían. A pesar de las presiones, que incluyeron amenazas directas del ministro de Interior y Justicia a los periodistas, pudieron publicar en la página del diario el video que demostraba que el asesino era un comandante del Sebin sin uniforme. Para cuando el Estado comenzó a presionar para que bajaran el reportaje, ya era muy tarde. Las imágenes se habían hecho

DOSSIER

virales. Todo el mundo se enteró de lo que había ocurrido¹ (Osorio, 2017). El Gobierno tuvo que cesar en su intento de falsear esos hechos.

Más recientemente, la socióloga y profesora universitaria, Lissette González, publicó un libro con su testimonio en torno a la muerte de su padre en la cárcel política de El Helicoide. El caso de su padre, como tantos otros, es de una acusación falsa, realizada por un “patriota cooperante” anónimo, que bastó para encerrar a un hombre de sesenta y cinco años, sin ninguna participación política más allá de las protestas ciudadanas en la calle el año 2017. Luego de publicar *Mi padre, el aviador*, otra profesora universitaria, chavista, quien había coincidido con Lissette en una serie de encuentros que intentaron infructuosamente tender puentes entre mujeres de distintas posiciones políticas, escribió una reseña donde confesó que para ese momento se dejó llevar por las distorsiones gubernamentales que falsamente acusaban al padre de Lissette de ser un “militar *alzao*”. Luego de leer el libro de Lissette, entendió que Rodolfo González era ferretero y dueño de una agencia de viajes, lejos de la fantasía terrorista que el Gobierno fabricó. Gioconda acepta, casi diez años después, haber preguntado poco, haber tragado la desinformación sin masticarla (Espina, 2024). Aunque tarden en aclararse los hechos, esta anécdota es otra muestra del valor del testimonio para confrontar la negación y las versiones que propone el terror estatal.

LA ATENCIÓN: EL DILEMA ACTUAL

Estos dilemas cobran una complejidad añadida en el contexto actual de sobrecarga de información o infobesidad, como también se ha denominado, así como la hiperconexión, generada por la aparición del Internet y las redes sociales, que han multiplicado las fuentes informativas y la velocidad de la circulación de la información. Tenemos evidencias claras de que las noticias circulan con más velocidad con el paso de cada año. Sabemos que en 2013 las noticias que hacían tendencia se mantenían un promedio de 17,5 horas entre los cincuenta temas principales de Twitter. Para el 2016 ese tiempo había bajado a 11,9 (Hari, 2022). Robert Peckham, quien escribe su libro, luego de haber experimentado en carne

propia las amenazas políticas contra la libertad en Hong Kong, advierte que “... las nuevas tecnologías han creado nuevos vectores para que los terrores remotos crucen las fronteras a una velocidad sin precedentes” (2024: p. 22).

Los dilemas de la tecnología actual se entrecruzan con las limitaciones del ser humano. Sabemos que hay límites a la capacidad de sentir compasión. Si bien estamos equipados para sentir emociones que nos movilizan, entre las que el miedo es solo una, sabemos que no es posible sostener estas emociones para movilizar la acción de manera continua. Existe lo que ha sido descrito como “fatiga de la compasión” o “anestesia-miento psíquico”, que se refiere a la desconexión emocional que sucede en aquellos expuestos continuamente a experiencias o registros de sufrimiento (Slovic, Zions, Woods, Goodman y Jinks, 2013). Asimismo, no son los números grandes de las situaciones más atroces lo que suele conmover a la acción internacional, sino más bien las historias individuales. Haciéndole seguimiento a la atención dedicada a la Guerra de Siria, Slovic y sus colegas encontraron cómo durante varios años, la enorme cantidad de víctimas no había generado una reacción masiva en Europa. Pero a partir de la aparición, en 2015, de la foto del cadáver de un pequeño niño ahogado que apareció en la playa, la atención se disparó de manera dramática. Las donaciones en Suecia a la Cruz Roja, por ejemplo, pasaron de 8.000\$ a 430.000\$ en un día. Esa línea de investigación es reveladora del entrecruzamiento entre nuestras emociones, los reportajes noticiosos y la acción política (Slovic, Västfjäll, Erlandsson y Gregory, 2016).

El Gobierno venezolano ha utilizado los *bots* como herramienta para posicionar sus mensajes en la red; lo cual significa que una de las estrategias para censurar no es directamente eliminando mensajes que no quieren que sean vistos o intimidando a las fuentes, aunque por supuesto, eso también lo vienen haciendo, sino multiplicando mensajes alternativos simultáneos, el embasuramiento del horizonte noticioso a través de la desinformación. Esto deja a la audiencia con preguntas sobre cómo administrar su atención, cómo navegar en un terreno comunicacional repleto de contaminación.

Cómo administrar nuestra atención, es a la vez, nada más y nada menos, que una pregunta política, ética y de salud mental. Pongo un ejemplo. Una migrante venezolana, que vive en Berlín y atiendo en consulta *online*, trajo un día a la sesión su malestar por las noticias de tortura en Venezuela. Estábamos en la cúspide de la crisis económica y las noticias que revisaba por Twitter intercalaban las torturas sufridas por un militar arrestado, los reportes del hambre extendida en todo el país y las decenas de otras noticias triviales del mundo.

Ella se preguntaba que qué le correspondía hacer con esa mezcolanza indigesta de información, mucha de la cual era de carácter traumático; mucha de la cual se refería a su país de origen, a sus raíces, a su gente querida, pero con la cual no tenía un lazo de cercanía geográfica, sino afectiva. La realidad que le demandaba atención aparecía caleidoscópica ante su mirada: en su teléfono podía saltar del horror a la frivolidad, si levantaba la vista podía trasladarse al paisaje inmediato que le ofrecía Alemania. Resguardada, a kilómetros de distancia del origen de los horrores, algo, sin embargo, permanecía revuelto de manera imprecisa en su ánimo. Una mezcla de horror, agotamiento, culpa y rabia amorfa.

Tomada por estas reflexiones, caminando por los alrededores de su vecindario, de pronto decidió entrar a uno de los antiguos edificios de la Stasi, la antigua policía política de la República Federal Alemana, convertido en un museo que detalla los horrores de la época de la Cortina de Hierro. Por alguna razón, nunca antes lo había hecho. De pronto entre la calma actual de esas calles, se reveló el trasfondo traumático de horrores pasados, y esa complejidad abrió espacio para pensar en los dilemas venezolanos actuales. El trauma convive con la cotidianidad, son vecinos, solo que muchas veces, preferimos voltear para no verlo.

El 15 de noviembre murió el preso político Jesús Manuel Martínez, apresado luego de las elecciones del 28 de julio, por falta de acceso a atención médica. El día anterior la selección de fútbol nacional había empatado con Brasil y la banda de música pop Rawayana había ganado un Grammy. ¿Cómo comunicar noticias tan emocionalmente distintas sin restarle gravedad al horror, sin que se normalice el estado de terror? A la vez: ¿cómo

comunicar una muerte traumática sin perder la capacidad de celebrar las razones por las cuales vale la pena vivir?

Al miedo a decir y el repudio a tener que ver lo traumático, se añade la guerra informativa que intenta saturar y confundir. Lograr llamar la atención sobre las injusticias y los horrores padecidos es todo un reto comunicacional. Un reto que no tiene una respuesta definitiva, sino que exige la perspicacia de aquellos que luchan por transmitir los hechos.

Estos dilemas cobran una complejidad añadida en el contexto actual de sobrecarga de información o infobesidad, como también se ha denominado, así como la hiperconexión, generada por la aparición del Internet y las redes sociales, que han multiplicado las fuentes informativas y la velocidad de la circulación de la información.

Ante el bombardeo de imágenes que buscan atrapar la atención, los periodistas, como advirtió el antropólogo Bourgois (2004) –refiriéndose en su caso a los científicos sociales– a través de fotografías terribles o descripciones morbosas corremos el riesgo de contribuir a la “pornografía de la violencia”. Sin embargo, al otro extremo, está el riesgo de aproximaciones asépticas, o que buscan una neutralidad engañosa, “desinfectando” el reporte de la realidad de su dimensión atroz. Entre el amarillismo y la autocensura se transita un terreno debatido, complicado por emociones vehementes. Taussig se pregunta ¿cuál es la distancia correcta para escribir sobre el terror?:

¿Cómo lo coloco a la distancia del brazo para que no se vuelva en mi contra... Al decir esto, ya me siento perdido... ensartando el sistema nervioso en una dirección hacia la histeria, en la otra hacia la anestesia, la aparente aceptación, ambos lados de un mismo terror. (p. 270)

¿Cómo atraer la atención del consumidor de noticias?, es también, una pregunta ética, política y de salud mental.

DOSSIER

En el documental *El Testigo* (Horne, 2018), sobre la obra del fotógrafo Jesús Abad Coronado, él cuenta el reto que implicó registrar la peor masacre cometida por las FARC cuando bombardeó una iglesia al lado de una escuela en Bojayá, matando a setenta y nueve civiles, entre los cuales había cuarenta y cinco niños. Relata que: "... la imagen que utilicé para contarle al mundo lo sucedido fue el Cristo mutilado", la imagen del cristo de la iglesia que quedó sin brazos sobre el altar, con un fondo de destrucción indistinguible regado por todo el suelo. En el documental Abad Coronado conversa con uno de los residentes que le tocó recoger los restos humanos después de la tragedia. Este le reclama que las fotografías hubiesen podido mostrar mucho más de la carnicería humana que él presenció. El fotógrafo le responde: "hay fotografías que generan deseo de venganza y repudio", lo que quería era que la gente pensara "si así quedó el cristo mutilado, cómo habría quedado la gente". La imagen y el reportaje es estremecedor.

Al miedo a decir y el repudio a tener que ver lo traumático, se añade la guerra informativa que intenta saturar y confundir. Lograr llamar la atención sobre las injusticias y los horrores padecidos es todo un reto comunicacional. Un reto que no tiene una respuesta definitiva, sino que exige la perspicacia de aquellos que luchan por transmitir los hechos.

Víctor Navarro, comunicador social venezolano, injustamente encarcelado en El Helicoide, me repitió muchas veces al salir que lo que le daría paz es que el mundo viera lo que él y los demás presos políticos han tenido que sufrir. Para ello organizó un proyecto en que entrevistó a treinta expresos y con realidad virtual diseñó la experiencia virtual Realidad Helicoide con la cual ha capturado la atención, no solo de audiencias extranjeras, sino de las cortes de derechos humanos internacionales y políticos de otros países. La originalidad de construir una experiencia virtual sin duda ha sido un acierto para capturar la atención de audiencias saturadas por testimonios de abusos de derechos humanos.

La ficción cinematográfica Simón y la legión de comediantes que utilizan el género humorístico para comunicar lo que pasa en el país quizás han sido los más efectivos abriendo espacios dentro y fuera del país para transmitir lo traumático (Ruiz, 2021; Turkewitz, 2024). Son todos ejemplos de la búsqueda de medios, marcos y géneros diversos para abordar los dilemas políticos, éticos y humanos de la atención actual.

SOSTENER LA VOZ ANTE LA OPRESIÓN

No hace falta ir muy lejos para tomar inspiración de los que han resuelto estos dilemas en el pasado. En el libro de 1972 *Los humoristas de Caracas*, Emilio Santana escribe en el prólogo, refiriéndose a las épocas de dictadura: "... sabíamos que en Venezuela, ser buen humorista significaba ser perseguido" y más adelante en su conversación con Aquiles Nazoa, al preguntarle sobre el estado del humor en el país, este le contestó con ironía: "Ha decaído. A mí no me han vuelto a encarcelar desde 1956" (Nazoa, 1972).

Aunque el humor es sospechoso de servir de distracción, de estar imbuido del espíritu negador, sabemos por la experiencia de estos años, que el humor como el que proviene del Chigüire Bipolar es, a menudo, el más agudo comentarista del momento actual. Quizás sea un desatino, pero me resulta apropiado que un análisis venezolano sobre cómo lidiar con el miedo proveniente de la violencia estatal, termine reflexionando desde la clave humorística. En la obra de teatro *Los comediantes* del inglés Trevor Griffiths, citado ampliamente por el crítico literario Terry Eagleton, un maestro intenta explicar lo que hace un buen humorista a un grupo atento:

Él se atreve a ver lo que sus escuchas no se atreven, o temen expresar. Y lo que ve es una suerte de verdad acerca de las personas, acerca de sus situaciones, acerca de lo que les duele o aterroriza, acerca de lo que es difícil, y sobre todo, acerca de lo que desean. Un chiste alivia tensión, dice lo indecible. Pero un chiste verdadero, el chiste de un comediante, tiene que hacer más que aliviar tensión, debe liberar la voluntad y el deseo, debe cambiar la situación. (p. 148)

La resistencia no exige siempre grandes despliegues de acción. En la distopía totalitaria *1984* de Orwell, el protagonista Winston Smith descubre que, por error, la cámara de vigilancia que supervisa todos los ciudadanos está girada una fracción más de lo debido y por ende no cubre una pequeña esquina de su habitación. Ese espacio mínimo le permite atreverse a comprar un cuaderno y un bolígrafo para comenzar a escribir un diario y esa transgresión abre espacio para comenzar a cuestionar todo el sistema, identificar los horrores que subyacen al control.

El poeta Igor Barreto, quien trabajó en el área cultural del Estado bajo el chavismo, fue condenado al ostracismo por sostener posiciones contrarias al gobierno. Aislado en una oficina y obligado a escribir cartas de recepcionista, se ingenió una original modalidad de resistencia. En las mañanas llegaba temprano a su puesto que acomodó en la esquina de una oficina vacía. Aprovechaba para salir lo más rápido posible de las cartas burocráticas que le habían asignado, para luego dedicarse a pasear de manera virtual por el mundo. Expedición que duró un año. Fue así que planificó y ejecutó su escalada virtual a los picos de Nepal, de donde salió su poemario *Annapura: la montaña empírica (fábulas de un funcionario cuasimetafísico)* (2021).

A la manera de Winston Smith, Barreto abre espacio con su pluma, para desafiar el sistema coercitivo. En una entrevista que le hice me contó:

Ellos no querían jubilarme y una forma de presionarme fue ponerme a escribir cartas de agradecimientos. Llegaba muy temprano a terminar estas cartas y así descubrí Google Earth. Entonces, cuando estaba triste me iba al Desierto del Sahara y me detenía en algún sitio anónimo al Desierto del Sahara. O me iba a otras ciudades y recuerdo que una vez descubrí la tumba de Emily Dickinson. Así fui visitando, hasta que me formulé una pregunta: ¿qué puede ser lo más visible desde Google Earth? Dije, nada, –los ocho miles entre el Tíbet y Nepal–. Comencé a investigar sobre Annapura y sobre esta diosa y sobre quiénes la habían subido, los linderos que utilizan para subir... (Barreto, 2024)

El libro de Igor, como gran parte de su obra artística, es un maravilloso ejercicio de ironía y de resistencia. Construyó con su imaginación una expedición por las tierras inhóspitas, congeladas, con escaso oxígeno y al borde del abismo del Himalaya para retratar el frío opresivo, asfixiante de la estupidez burocrática oficial. “El coraje sin miedo es una estupidez”, advierte en la coda de un poema sobre el escalador Iñaki que falleció en las laderas de la montaña.

A menudo basta con esos pequeños espacios, como los creados por Orwell y Barreto, o el Chigüire Bipolar y Aquiles Nazoa. Espacios que la lectura y la escritura ayudan a forjar. Los espacios que Vaclav Havel propuso como los lugares en que reside el “poder de los sin poder”. En su ensayo clásico, el dramaturgo checoslovaco explicó que oponerse a la opresión es todo aquello que permite que vivamos “en la verdad”, todo lo que nos conecte con la vida concreta, vivida y sentida, que de alguna manera reta a la sumisión: “... oposición es propiamente todo intento de ‘vivir en la verdad’, desde la negativa del tendero a poner en el escaparate el eslogan, a la poesía escrita libremente” (1978 [1999]: p. 58).

¿Qué nos toca a los psicólogos? ¿Qué le toca a los comunicadores? Pues, seguir forjando espacios para decir, para sostener la verdad en un ambiente que busca paralizarnos, que busca distorsionarla.

Propongo que no hace falta dejar de tener miedo. Debemos escuchar su advertencia. El miedo nos avisa que atravesamos tiempos peligrosos y debemos manejarlos con cuidado. No tenemos que desafiar al poder de frente, en su terreno. Pero sí debemos seguir registrando, escribiendo, fotografiando, publicando y leyendo. Debemos seguir haciendo periodismo y psicoterapia, tareas sorprendentemente complementarias. Allí residen espacios contundentes de resistencia. Nuestros periodistas, escritores y artistas lo han hecho siempre. Lo seguirán haciendo.

Notas

- 1 El video completo se puede ver en: <https://www.youtube.com/watch?v=FwilaKmZxr8>

DOSSIER

Referencias

- BARRETO, I. (2024): *Anhnapurna: la montaña empírica (Fábulas de un funcionario cuasi-metafísico)*. Buenos Aires: Luba.
- BARRETO, I. (2024): Entrevista no publicada.
- BION, W. (1994): *Clinical seminars and other works*. Londres: Karnak Books.
- BOURGOIS, P. (2004): "The continuum of violence in war and peace: post-cold war lessons from El Salvador". En: Scheper-Hughes, N. y Bourgois, P. (Eds.) *Violence in war and peace: an anthology*. Maden: Blackwell Publishing.
- BURGOS, E. y HERNÁNDEZ DÍAZ, G. (2021): "Desinformación digital en Venezuela: trolls, bots y cyborgs." En: revista *Comunicación*. 46, 196. Pp. 121-133.
- CASTELLANOS MOYA, H. (2021): *Roque Dalton: correspondencia clandestina y otros ensayos*. Barcelona: Random House.
- Consejo de Derechos Humanos. (Octubre 14, 2024): Conclusiones detalladas de la misión internacional independiente de determinación de los hechos sobre la República Bolivariana de Venezuela. Consejo de Derechos Humanos de la ONU. Bajado de: <https://www.ohchr.org/sites/default/files/documents/hrbodies/hrcouncil/sessions-regular/session57/advance-versions/a-hrc-57-crp-5-es.pdf>
- EAGLETON, T. (2019): *Humour*. New Haven and London: Yale University Press.
- El Universal*. (31 de julio, 2024): "Presidente Maduro convoca a la 'madre de las marchas' en Caracas para celebrar la paz en Venezuela" Bajado de: <https://www.eluniversal.com/politica/187724/presidente-maduro-convoca-a-la-madre-de-las-marchas-en-caracas-para-celebrar-la-paz-en-venezuela>
- ESPINA, G. (2 de enero, 2024): *La hija del "Aviador"*. Provea. Bajado de: <https://provea.org/opinion/la-hija-del-aviador/>
- GAMPEL, Y. (2006): *Esos padres que viven a través de mí: la violencia de Estado y sus secuelas*. Buenos Aires: Paidós.
- GAMPEL, Y. (2023): Lo impensable de los residuos radioactivos de la violencia política social y de la ecología dañada deviene cuerpo-dolor. Conferencia dictada en la Sociedad Psicoanalítica de Caracas. Bajado de: <https://spdecaracas.com.ve/12616-2/>
- HAVEL, V. (1978/1990): *El poder de los sin poder*. Madrid: Encuentro.
- HAGENAARS, M.; OITZL, M. y ROELOFS, K. (2015): "Updating freeze: aligning animals and human research". En: *Neuroscience & Biobehavioral Reviews*. 47. Pp. 165-176.
- HALFON, E. (2018): *Biblioteca bizarra*. Zaragoza: Jeckyll & Jill.
- HARI, J. (2022): *Stolen focus: why you can't pay attention and how to think deeply again*. New York: Crown.
- HORNE, K. (2018): *El testigo: Caín y Abel*. Película. Canal Caracol.
- MARTÍN BERISTAIN, C. (2012): *Acompañar los procesos con las víctimas: atención psicosocial en las violaciones de los derechos humanos*. Fondo de Justicia Transicional y PNUD.
- NAZOA, A. (1972): *Los humoristas de Caracas*. Caracas: Monte Ávila.
- OSORIO, J. (28 de octubre, 2017): "El día que el periodismo le ganó al Estado". En: *La Vida de Nos*. Bajado de: [https://](https://editorial.lavidadenos.com/el-dia-que-el-periodismo-le-gano-al-estado/)
- PECKHAM, R. (2024): *Miedo: una historia alternativa del mundo*. Barcelona: Paidós.
- PEDELTY, M. (2010): "War stories: the culture of foreign correspondents". En: Scheper-Hughes, N. Y Bourgois, P. (Eds.) *Violence in war and peace: an anthology*. Maden: Blackwell Publishing.
- PHILLIPS, A. (2024): *On giving up*. London: Penguin.
- RUIZ, E. (2021): *Articulando lo cotidiano: el Chigüire Bipolar. Letras de libertad*. Enero. Bajado de: <http://saber.ucv.ve/handle/10872/22542>
- SLOVIC, P., ZIONTS, D., WOODS, A. K., GOODMAN, R., y JINKS, D. (2013): "Psychic numbing and mass atrocity". En: E. Shafir (Ed.). *The behavioral foundations of public policy*. Princeton University Press. Pp. 126-142.
- SLOVIC, P.; VÄSTFJÄLL, D.; ERLANDSSON, A. y GREGORY, R. (2016): "Iconic photographs and the ebb and flow of empathic response to humanitarian disasters". En: *PNAS*. 114, 4. Pp. 640-644.
- SLUZKI, C. (2018): "The impact of authoritarian regimes on critical thinking and agency". En: *Journal of the Washington Academy of Sciences*. 104 (3). Pp. 11-18.
- SONTAG, S. (2003): *Regarding the pain of others*. New York: Farrar, Straus & Giroux.
- SUÁREZ-OROZCO, M. (1990): "Speaking of the unspeakable: toward a psychosocial understanding of responses to terror". En: *Ethos: Journal of the Society for Psychological Anthropology*. 18 (3). Pp. 353-383.
- TAUSSIG, M. (2010): "Terror as usual: Walter Benjamin's theory of history as a state of siege". En: Scheper-Hughes, N. Y Bourgois, P. (Eds.) *Violence in war and peace: an anthology*. Maden: Blackwell Publishing.
- TOCQUEVILLE, A. (1840 [2002]). *Democracy in America. Volumen II*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University.
- TURKEWITZ, J. (15 de octubre, 2024): "¿Qué tiene de chistoso un dictador? Unos comediantes venezolanos en el exilio buscan la respuesta". En: *The New York Times*. Bajado de: <https://www.nytimes.com/es/2024/10/15/espanol/comediantes-venezolanos-exilio.html>

MANUEL LLORENS

Manuel Llorens es psicólogo clínico y comunitario. Se desempeña como profesor e investigador de la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB) y codirector de la Red de Activismo e Investigación para la Convivencia. Está especializado en temas relacionados con violencia interpersonal y comunitaria.